



François Mitterrand, primer secretario del partido socialista francés, y Georges Marchais, secretario general del partido comunista.

catos comunistas que están dirigidos por Georges Seguy, aparte de su historial conciliador —apagó las huelgas de mayo de 1968—, ofrece ya reducir las tensiones sociales desde este momento. En el manifiesto que acaba de emitir dice que la actual mayoría gubernamental, fuertemente derechista, fue elegida como reacción de los franceses a los desórdenes de 1968, y que si ahora hubiese una situación inquietante —huelgas, atentados—, nuevamente el electorado se iría hacia el poder fuerte. A pesar de todo, puede haber una gran resistencia en el electorado francés a votar una Asamblea que trajese un Gobierno con ministros comunistas. Esto explica las elevadas cifras de indecisos que aparecen ahora en todas las encuestas.

La respuesta de la derecha gobernante al principio de la unión de la izquierda fue el cambio de primer ministro, buscando en Messmer un hombre fuerte, un hombre enérgico y decididamente anticomunista. Era un poco como la respuesta de la democracia cristiana de Alemania Federal al elegir al «ultra» Barzel para contrarrestar al abierto Willy Brandt y dar así a las elecciones un carácter blanco-negro. La derecha alemana se equivocó, y probablemente Pompidou se equivoque también en este caso, aunque está a tiempo de rectificar. Podría verse en la lección alemana, pero también en la lección de Nixon, que él mismo se convirtió en la idea general de la izquierda —la paz, la negociación, la coexistencia— para no dar lugar a elecciones francamente contrastadas y para asumir el viento histórico de esta época: y ganó. Algunos rumores en Francia dicen que Pompidou podría cambiar de Gobierno y adoptar un aire de más democracia, de más libertad, de más amplitud: por ejemplo, sustituyendo a Messmer por un hombre de la coalición, por un Giscard d'Estaing, por un Edgard Faure que consiguiesen la difícil paradoja de Nixon: demostrar que la derecha puede llegar a los objetivos de la izquierda por un camino más seguro que la izquierda misma. Esto es lo que pretenden los llamados reformistas, los radicales de Servan-Schreiber y los centristas de Lecanuet, que conducen su programa manteniendo las mismas tesis anticomunistas de la mayoría gobernante, pero enfrentándose a ésta por su falta de democracia. Su efecto, por ahora, es la falta de credibilidad, la falta de confianza. No está descartado, sin embargo, que progresen en el tiempo que queda para las elecciones.

El tiempo que falta para las elecciones es el suficiente —tres meses— como para invalidar cualquier pronóstico que se hiciera ahora. Por el momento hay que anotar que los poderes tienen numerosos recursos legítimos —sin hablar de los otros— como para considerarse siempre con ventaja en las elecciones, y el más legítimo de esos recursos es, sin duda, el de asumir la dirección del viento histórico. Pero hay que anotar también que el nacimiento electoral de la izquierda unida se ha hecho con una fuerza desusada, y que no puede descartarse ya la posibilidad de un triunfo electoral. Produciría una situación muy curiosa. Francia es un país presidencialista desde las reformas constitucionales del general De Gaulle —hechas para sí mismo—, y la Presidencia corresponde por cuatro años más a Pompidou, que es la derecha en persona. Con esta constitución, el Presidente ha gobernado siempre como un primer ministro y un gabinete de su particular hechura, actuando en forma de secretarios los ministros, como sucede en Estados Unidos. Una victoria de la izquierda violentaría enormemente la situación, porque el Presidente Pompidou estaría obligado a entregar el Gobierno a François Mitterrand, que es el hombre clave de la izquierda. ¿Una situación imposible? Por lo menos, un equilibrio que moderaría mucho el ímpetu de la izquierda, pero que tampoco permitiría el inmovilismo gris de Pompidou. Permitiría medir toda la famosa habilidad política de Mitterrand, hombre que procediendo de la burguesía radical ha ido a crear una unión socialista de izquierdas para la que no estaba abocado.

Pero todo esto es muy prematuro. Será cuestión de irlo viendo venir.

## UNA IMPORTANTE VICTORIA LABORISTA

# AUSTRALIA, EN LA "ERA DE LA COEXISTENCIA"

En las elecciones del sábado 2 de diciembre, el partido laborista australiano ha conquistado el poder. Estaba en la oposición desde hace veintitrés años, desde que perdió —aparatosamente— las elecciones de 1949; desde entonces, Australia se había convertido en una fortaleza del conservadurismo interior y exterior. Poco antes que Australia, Nueva Zelanda ha votado también a los laboristas. Un vistazo simple al mapa de la zona puede revelar la importancia de esta inversión política. Australia es una pieza clave en la estrategia del Pacífico, del Indico y del Sudeste asiático. Australia, con el largo y cerrado gobierno conservador, ha sido hasta ahora un aliado-satélite de Estados Unidos: envió de un cuerpo expedicionario a Vietnam (simbólico: 8.000 soldados), bases secretas norteamericanas de control de armas nucleares, fuertes inversiones de capital en dólares, intervenciones en la política de Malasia y de Singapur (sustituyendo a la retirada británica). El partido laborista de Gough Whitlam (que va a ser ahora nuevo primer ministro) se oponía a esa situación y pedía el reconocimiento de China.

En política interior, el Gobierno conservador practicaba una política racista abierta. Los aborígenes eran unos 300.000: no pasan ahora de 40.000 (más unos 80.000 mestizos), mientras la población blanca, que se implantó en el siglo XVIII por el envío de penados de las cárceles inglesas, ha pasado de 150.000 a doce millones. La mayor parte viven en reservas determinadas por el Gobierno. Si bien teóricamente tienen los mismos derechos civiles que los blancos, la realidad de sus condiciones sociales, principalmente en materia de educación, les sostiene en un nivel muy bajo. Por otra parte, los asiáticos no tienen acceso a Australia: mientras el país pide continuamente a Europa emigrantes blancos (principalmente mujeres, las famosas «novias australianas»), el cupo para inmigrantes amarillos está continuamente cerrado.

El partido laborista, al igual que los socialismos europeos, ha evitado en su programa electoral cualquier referencia a la nacionalización o colectivización de las

industrias. Su principal esfuerzo en política interior lo ha hecho en el campo de la educación, enormemente deficitaria y con programas conformistas, y en el sentido de la elevación del nivel de vida de los trabajadores, sostenido por la unión sindical, y también en el sentido de una mayor liberalización de costumbres, atenuadas por el puritanismo protestante (la Iglesia católica ha apoyado en gran parte al laborismo), y hacia una mayor democratización. La contrapropaganda del Gobierno se basaba en frases como ésta (del primer ministro conservador, McMahon): «La Australia con el alto nivel de vida que ustedes conocen va a ser completamente subvertida por un peligroso experimento de socialismo; el partido laborista ayuda a todos los elementos de nuestra sociedad que están empeñados en destruirla». Esta contrapropaganda no ha valido. En política exterior, Gough Whitlam ha preconizado la apertura, la negociación y la coexistencia, a partir del reconocimiento de China y el abandono de la defensa de los intereses de Estados Unidos en el Sudeste asiático: quizá se llegue a la retirada de los pactos militares —el OTASE, el ANZUS— que la comprometen directamente con Estados Unidos.

El nuevo primer ministro, Gough Whitlam, es un abogado de cincuenta y seis años, al que se describe como un hombre alto, elegante, enormemente activo: se le atribuye el haber galvanizado a un partido que estaba moralmente deshecho por la larga permanencia en la oposición y el haber sabido impregnar a la población de las ideas democráticas y aperturistas.

La inversión política de Australia y Nueva Zelanda son otro signo de la evolución actual hacia una democratización del mundo. A pesar de su enorme distancia, y no sólo geográfica, se puede establecer un cierto paralelo con Alemania Federal: país fronterizo en la guerra fría, endurecido para ella por medio de un partido fuerte y poco transigente, invierte su política y aparta al partido de guerra fría para poder entrar con todas sus posibilidades en la llamada «era de la coexistencia».